



Breve reseña histórica de la Diócesis, fecha de fundación, nombre del Santo Patrón, Obispos y períodos de mandato, características significativas.

Todas las fuentes históricas confirman que el curato de monte, es decir de carácter rural, de **San Eugenio de la Palma** se creó en 1688 por mandato del Obispo de Cuba, Diego Evelino Hurtado, llamado "de Compostela" por ser originario de esa famosa ciudad gallega donde se venera la tumba del apóstol Santiago.

Este curato de monte dependía o estaba subordinado a la Parroquial Mayor de Sancti Spiritus y su primer presbítero fue Cristóbal Camacho. El curato se puso bajo la protección de San Eugenio, quien fuera Arzobispo de Toledo, en España, entre los años 646 y 657. El nombre **Ciego de Ávila**, que designaba el hato primero y luego la hacienda aquí enclavada, se remite a fines del siglo XVI, más exactamente a 1577, fecha de la demarcación del citado hato. Todo indica, sin embargo, que el topónimo **La Palma** compitió con el anterior, o sea **Ciego de Ávila**, en los primeros siglos de la colonización para denominar este lugar.

Lo anterior condujo, al momento de la creación del curato de monte, a que se titulase **San Eugenio de la Palma**, igual que ocurrió con otros sitios del país tales como **San Antonio de los Baños, San Fernando de Camarones** o **Santa Isabel de las Lajas**, entre muchos ejemplos más; poco más de medio siglo después, en 1755, un informe que elevó el Obispo Pedro Agustín Morell de Santa Cruz al Rey de España menciona sólo **La Palma**, pero por estos años se hallan otros documentos que al referirse al lugar dicen **San Eugenio de la Palma del Ciego de Ávila**. Es obvio que con el tiempo tuvo mayor aceptación el topónimo **Ciego de Ávila** que se impuso definitivamente para nombrar, hasta los días de hoy, a la ciudad, municipio y provincia por un lado y a la parroquia y diócesis por el otro. Con estos antecedentes es hora de volver sobre la figura de San Eugenio de Toledo, patrono de la parroquia de **Ciego de Ávila** y, desde 1996, de toda la diócesis.

San Eugenio II, para los autores visigodos y III para los hagiógrafos hispanos posteriores a 1148, nació de padres cristianos en la ciudad castellana de Toledo en una época en la que prevalecía en España un reino visigodo, formado a la caída del Imperio Romano. Fue San Eugenio, al decir de sus biógrafos, hombre de pequeña estatura, complexión débil y no buena salud, todo lo cual suplía con su fortaleza espiritual y entrega a la fe cristiana.

Era muy joven cuando se sintió llamado a la vida monástica de recogimiento y oración. Se trasladó a Zaragoza, en la región de Aragón, para cumplir su deseo de darse de lleno al estudio de las ciencias sagradas y a la práctica de la virtud. Ocurría esto hacia el año 631. Aquí fue descubierto por el Obispo del lugar, San Braulio, que apreció pronto sus valores espirituales y le nombró su arcediano, cargo eclesiástico que le convertía en su colaborador más cercano y posible sucesor.

Al morir Eugenio I en el año 646, quedó vacante la sede episcopal de Toledo. El monarca visigodo Chindasvinto, que tenía su corte en esta última ciudad, conecedor de la fama de santidad de nuestro Eugenio, escribió una carta, que todavía se conserva, al obispo Braulio en la cual le decía que era unánime deseo de los toledanos el que fuera elegido para ser su arzobispo. Esta petición tuvo la oposición de San Braulio que no quería perder tan valioso ayudante. Pero a la postre venció la obstinación del rey y San Eugenio ocupó la silla arzobispal.

Eugenio fue consagrado obispo el 18 de octubre del propio año 646. Su gobierno se extendió por espacio de once años. En esta etapa convocó varios concilios y formó a muchos jóvenes para el ministerio sacerdotal, entre ellos a San Julián, más tarde arzobispo de Toledo. Murió el 13 de noviembre del 657 y su cuerpo fue sepultado en la basílica de Santa Leocadia. Aproximadamente un siglo más tarde, durante las depredaciones de Abderramán I (756-788) su cuerpo es trasladado

a Francia y depositado en Deuil en tiempos de Pipino el Breve (752-768). Más tarde fue depositado en el Monasterio de Saint Denis, donde en 1148 lo descubrió el arzobispo de Toledo, D. Raimundo, quien gestiona la cesión a Toledo del brazo derecho de San Eugenio. El brazo llega a Toledo el 12 de febrero de 1156. El 18 de noviembre de 1565, después de ocho siglos de ausencia, la diplomacia de Felipe II devuelve a Toledo el cuerpo de su metropolitano donde reposa en artística arqueta. Desde principios del siglo XVII se puso su nombre en el Catálogo de los santos. Su fiesta se celebra el 15 de noviembre.

San Eugenio descolló como teólogo, músico y poeta. Es de lamentar que hayan quedado pocos de sus escritos. San Eugenio fue uno de aquellos ilustres santos, todos ejemplares por su consagración a Jesucristo y vida plenamente evangélica, que florecieron en la España visigótica, antes de la ocupación musulmana, período en el que la Iglesia pudo contar en este país con eximias personalidades como San Braulio, San Julián, San Ildefonso y San Isidoro.

El pueblo avileño ha venerado a San Eugenio desde hace más de 300 años y este santo forma parte de su memoria histórica y religiosa.